

MENSAJE DE NUESTRO PÁRROCO PARA LA CUARESMA DE 2014

Queridos amigos:

Este nuevo tiempo que comenzamos, nos ofrece un motivo para reflexionar sobre nuestras vidas. La Cuaresma podemos entenderla como un momento de renacimiento en la fe, de renovación de compromisos, de acercamiento a Dios mediante el abrazo de una nueva vida, de conversión.

Todo esto está muy bien, pero plantearnos la Cuaresma como una etapa cíclica del tiempo Litúrgico no tiene sentido. En la vida de un cristiano, los tiempos litúrgicos no se viven correctamente si no dejan huella, si no rozan como los zapatos que utilizamos para recorrer las calles en verano. Cuando visitamos una ciudad, planificamos previamente el recorrido y los puntos de interés turístico. ¿Por qué no utilizar este modelo de actuación para aplicarlo a nuestro compromiso como miembros activos de la Iglesia? La rapidez es el peor enemigo de nuestros tiempos, nos atrapa, hace que justifiquemos lo injustificable, “no tenemos tiempo para pensar en nuestra naturaleza trascendente, no tenemos tiempo para Dios”. Sin embargo, esta situación no puede satisfacerlos. Este año os propongo un acercamiento a la Cuaresma desde otro enfoque.

El Papa Francisco en su mensaje para la Cuaresma de 2014 nos recuerda:

“A imitación de nuestro Maestro, los cristianos estamos llamados a mirar las miserias de los hermanos, a tocarlas, a hacernos cargo de ellas y a realizar obras concretas a fin de aliviarlas”

Y finaliza diciendo:

“Queridos hermanos y hermanas, que este tiempo de Cuaresma encuentre a toda la Iglesia dispuesta y solícita a la hora de testimoniar a cuantos viven en la miseria material, moral y espiritual el mensaje evangélico que se resume en el anuncio del amor del Padre misericordioso, listo para abrazar a Cristo a cada persona. Podremos hacerlo en la medida que nos conformemos a Cristo, que se hizo pobre y nos enriqueció con su pobreza. La Cuaresma es un tiempo para despojarse”

Para planificar la Cuaresma personal de cada uno de nosotros podríamos plantearnos, entre otras, las siguientes preguntas: ¿cómo hemos vivido hasta este momento las Cuaresmas anteriores? ¿Qué huellas han dejado en nosotros? ¿Hemos empleado algún momento para hablar del Amor de Cristo a las personas que no encuentran el camino para llegar a Dios? ¿Hemos vivido el ayuno con un propósito que tenga nombre y apellidos? ¿Hemos practicado una oración sentida, una oración que sale del corazón y pretende llegar a otros corazones? ¿Hemos abrazado a Jesús en ese hermano, amigo, compañero, o persona desconocida que sufre? ¿Hemos aceptado el inmenso regalo de la confesión para reconocer por fin, con humildad, nuestra naturaleza pecadora? ¿Hemos sentido que renunciábamos a algo en nuestra vida al dar limosna? ¿Somos conscientes de la inmensa gracia de tener a Nuestro Señor en cada Eucaristía? Son tantas las preguntas que podríamos hacernos.

Ahora nos toca responder a algunas de las cuestiones planteadas, diseñar nuestra ruta, analizar el punto de partida y perder el miedo que nos impide actuar. Dios llega a donde nosotros no podemos llegar, y conocerlo nos da la inmensa tranquilidad que necesitamos para deshacernos del hombre viejo y dar paso al hombre nuevo.

“Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que queráis y os sucederá. Mi Padre será glorificado si dais fruto abundante y sois mis discípulos” (Jn 15,7)

Pidamos a María Inmaculada, madre de la evangelización, que nos ayude a vivir con la alegría y la confianza en que el Señor nos acompaña, que murió por redimir nuestros pecados, que resucitó y no nos dejará solos hasta el final de los tiempos.

Con profundo afecto.

José Ramón, vuestro párroco